

reina el empirismo, defender y prohijar la especulación libre y desinteresada. No olvidemos que en la política quirúrgica, cuyo plan trazó con energía el gran reformador español Joaquín Costa, figuraba en primer término la formación de esa *élite*, que ha de ser, decía, bajo la inspiración o dirección del gobernante, el personal auxiliar indispensable, el brazo ejecutor en educación, en instrucción técnica, en administración de justicia, en higiene pública, en legislación social, en ejército, en diplomacia, en instituciones de previsión, en policía de las subsistencias, a fin de «poner a alta presión y lanzar a gran velocidad la máquina nacional».—FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Más sobre la novela

SEÑOR don Abel Valdés A.—Mi estimado amigo: Su carta del 4 de Julio, aunque contiene serios reparos a mi ensayo *Novela, estilo y teatro*, es generosa y cordial. Me es muy satisfactorio comprobar que hay en Chile algunos espíritus a los cuales el diálogo artístico no es extraño y que seguramente lo practicarían con gusto si las oportunidades se les ofrecieran con mayor largueza.

Mi división de la novela en presentativa y narrativa tiene, como todas las divisiones, inconvenientes serios. No se me oculta. Permítame adicionarla con algunas notas. ¿Ha observado Ud. en las palomas cómo es de sutil la gradación de los matices de las plumas? Hay palomas cuya cabeza alcanza un tono pizarroso, muy rico, que llega a tener toda la profundidad del negro sin tener, en cambio, su total tiniebla. Pues bien, ese color se va degradando por tonalidades casi imperceptibles hasta llegar, en el pecho o en las alas, a un blanco puro como el de la sal. Esa maravilla que nos brinda la naturaleza, acaso perdida entre tantas otras, me sirve para explicar ahora una hipótesis tal vez aventurada.

La novela abarca una gama amplísima de matices, desde el pizarra negruzco del estilo narrativo hasta el blanco absoluto del presentativo. Ud. dice que esos matices son tantos como novelistas de talento haya. Tal vez no. Los escritores parecidos entre sí son mucho más numerosos de lo que podemos imaginar. Infinitamente más que lo que esos mismos escritores pudiesen suponer. Lo que el escritor pone de personal en la no-

vela no es sólo ni preferentemente la forma narrativa o presentativa. La lengua, el pulso mayor o menor de la vida, el amor de ciertas ideas, he ahí algunos de los muchos elementos con que el escritor contribuye a la formación de la novela.

Creo que se me ha entendido mal si no se ha visto en mi división más que dos términos inconfundibles entre sí; He dicho que la novela es narrativa y presentativa queriendo decir que tiende hacia esos dos extremos. De la misma manera la paloma, que nace negra en la cabeza, termina blanca como la nieve en las alas. Tendencia: tal es la palabra que conviene mejor para definir esta idea. La novela no puede ser ni puramente narrativa ni sólo presentativa. ¿No lo dije ya? En *Germinia Lacerteux*, que cité como novela narrativa, se encuentran también rasgos presentativos. En efecto, hay algunas conversaciones, y ya sabe Ud. que la conversación es el mecanismo que usa el novelista para reflejar en su obra la relación del hombre con sus semejantes. En *Los hermanos Karamazoff*, que me parece la culminación de la novela presentativa, y, a la vez, la culminación hasta hoy del arte novelesco, hay, aunque pocos, trazos narrativos. Y no podrían faltar. Pero es evidente que al signo narrativo tiende con todas sus fuerzas *Germinia Lacerteux*, mientras que el presentativo es el que atrae, con no menor energía, a *Los hermanos Karamazoff*.

Ahora bien, lo más aventurado de mi ensayo es atribuir categoría estética y valor eminente a una de esas dos formas o estilos. Precisamente, al presentativo. Hago partir mis observaciones de la afirmación: «La novela tiene por objeto la vida humana.» Es decir, refleja, reproduce o transcribe la vida humana. Es evidente que la mejor manera de reflejar, reproducir o transcribir la vida de los hombres es llevar a las páginas de los libros a los hombres tales como son. Se me dirá que tales como son pueden presentarse en la narración. Difícilmente. Sólo el estilo presentativo puede dar a la figura humana el relieve magnífico, casi alucinante, que se reconoce en las novelas de Dostoyevski, apóstol para mí del estilo presentativo.

Me propone Ud. una tercera fórmula, un tercer estilo: lo que Ud. llama novela estática. No sé si el término ha sido feliz. No hay novela estática. En la novela siempre sucede algo, y por lento que sea el movimiento, por parsimonioso que se nos muestre el devenir de los sucesos, hay movimiento y hay devenir. Usted me dice que en esa novela es el tiempo el personaje axial. No puedo estar de acuerdo con Ud. El tiempo, en Proust, que es el que más a menudo se cita a propósito de la novela de movimiento, o en Joyce, que también es algo, no es

personaje ni cosa que se le parezca. Creo que esta conclusión la desprenderá, como yo, cualquiera que contemple la cosa desde un punto de vista semejante al que he escogido, como verá Ud. más adelante. En Proust hay devenir. Lo único estático en Proust—y eso también podría discutirse—es el narrador, el que emplea la palabra «je» en el relato. Proust retarda extraordinariamente la medida del tiempo. Puede asegurarse que Joyce, al menos en *Ulyses*, la hace más lenta aún, puesto que ocupa nada menos que mil y tantas páginas para contar sucesos que en el tiempo desplazan poco más de dieciocho horas. Pero Proust y Joyce no hacen novela estática sino una novela de movimiento retardado (comparable, como lo ha sido, al *ralenti* del cinema). Esta novela, en Proust, es tanto narrativa como presentativa. Por su genio mimético, Proust (véase el libro de Crémieux, *Du côté de Marcel Proust*, capítulo sobre los judíos) era especialmente apto para hacer novela presentativa. Pero como su novela, más que novela es una reconstitución y reconquista del tiempo perdido, la narración abunda en ella y se encarama sobre el resto. A la larga, parece evidente que en Proust domina el narrador al *presentador*. (Si se me perdona la idea, permóneseme la palabra correspondiente.)

La novela estática está, pues, en una o en otra de esas dos tendencias novelescas. La diferencia que yo he establecido no se refiere al tiempo que la novela refleja, ni al número de acciones que en ella se cuentan (cosas todas que tienen importancia al hacer intervenir la idea de tiempo en la novela), sino a la actitud del autor respecto de su producción. Si el novelista *mira* a los personajes—no se puede mirar sino a cierta distancia del objeto; el ojo pegado al objeto no distingue nada claramente—, la novela tiende hacia el estilo narrativo. Si el novelista se instala en cada personaje, y a fuerza de hacerlos vivir en su compañía y de brindarles el calor de su cuerpo, puede infundirles no sólo tanta humanidad como la que a él lo anima, sino algo o mucho más, y luego los lanza a la escena de la novela y allí los abandona y allí ellos se mantienen por sus propias fuerzas, porque recibieron de su creador una dotación medular poderosa, la novela tiende hacia el estilo presentativo. Esto es lo que encuentro en la novela de Dostoyevski. Puesto a definirlo, no he encontrado otra palabra eficaz que presentativo.

Del mismo modo, pensando en los caracteres de la novela que he llamado narrativa, he llegado más de una vez a decirme: *La descripción no es materia de novela*. Con lo cual respondo a la vez a su observación respecto de la llamada novela descriptiva

y a muy serias dudas que me han asaltado no pocas veces respecto del papel de la descripción en la novela. Pero una mayor reflexión me convence de que la descripción puede entrar en la novela, siempre a condición de que no haga palidecer al resto. La descripción se ha colado en la novela como lo hace el quintral en los árboles de las alamedas de nuestro campo. Las primeras manchas rojas del quintral, como gigantescos nidos de aves imaginarias, son un adorno junto al verde de los álamos. Pero poco a poco el álamo palidece y se pela como si el invierno es detuviera en él para siempre. El quintral con su vida de parásito ha matado al árbol. Una tercera etapa es—naturalmente—la muerte del quintral a consecuencia de la extinción del árbol. ¿Sucederá lo mismo con la novela? Es decir, ¿morirá el quintral en ella sólo porque su sustentáculo también ha muerto? Yo espero que no. La novela tendrá—creo—fuerzas suficientes para dominar la descripción y lanzarse a la aventura de lo humano, que es su aventura propia.

Los consejos valen, principalmente, por la intención que en ellos se pone. No tema, pues, haberme disgustado con el que me da. Viene a tocar uno de los puntos dolorosos de mi vida literaria. ¿Qué diría Ud. si le comunicara que tengo varios libros inéditos? No se extrañaría, tal vez, porque el destino del escritor en Chile es quedar inédito, por lo menos en parte. Pregúntele a cualquiera que maneje una pluma. Le dirá que en los cajones de su escritorio duermen manuscritos que esperan el «sésamo ábrete» editorial. Pero esa voz no llega. Pasan los años y los manuscritos se marchitan y se apagan.

Tengo en preparación, y actualmente trabajo en este proyecto con cierta asiduidad, un panorama de la literatura chilena contemporánea. Es un libro comprometedor. Obliga, en primer lugar, a hacer una labor histórica—de historia literaria—que tiene bien poco que ver con la crítica. Encierra, además, multitud de gérmenes de polémicas y protestas. Los escritores se sienten *llamados y elegidos* a la vez. No toleran las exclusiones cuando se refieren a ellos mismos y no sólo a sus colegas.

Lo demás vendrá después. Definir «lo que hay de verdadero y de postizo en nuestra literatura» es un empeño muy difícil. Nadie puede jactarse de poder decirlo. La crítica misma vacila, de crítico a crítico, respecto de la actitud que debe asumir en presencia de los valores de la obra literaria. «Precisar el lugar que deben ocupar los pocos artistas con que contamos» es ya tarea superior a las fuerzas de un hombre y hasta de una legión. La crítica no se ha hecho—me parece a mí—para poner orden en las letras, ni para establecer jerarquías, sino para definir y

comprender. Todo orden entre creadores, aun cuando se refiera a los que abarcan ramos similares, es contestable.

No me pida demasiado. El desencanto que mis obras futuras le produzcan será mayor mientras más fuese lo que esperaba Ud., tan generosamente, de mí. Vamos trabajando en lo que el destino nos puso al frente y la obstinación nos mantiene delante. Vamos avanzando poco a poco, casi sin darnos cuenta bien de cómo y por qué avanzamos. Lectores atentos como Ud. son los que faltan. Lectores que no descorazonen por su incomprensión y su torpeza, sino que reflexionen, propongan nuevos programas, entonen el nivel del ambiente, y, sobre todo, creen dificultades. Salvarlas es bello.

Gracias, mi amigo, gracias, por lo que me dice y... por lo que quiere hacerme decir.—RAÚL SILVA CASTRO.

Observaciones sobre Lingüística

SANTIAGO, 24 de Julio de 1929. Señor Don Félix Armando Núñez. Concepción. Estimado amigo: El señor Krautmacher ha creído necesario rectificar algunos conceptos vertidos en los interesantes *Apuntes de lingüística* que el señor Januario Espinosa publicara en *Atenea*, N.º 52. Mi distinguido colega ha estado muy benévolo en sus reparos, por lo que me propongo completarlos en las líneas siguientes.

Señalaré algunos puntos en que el señor Espinosa no interpreta fielmente el pensamiento de Saussure, y otros en que el mismo Saussure, a mi modo de sentir, ha incurrido en errores.

N.º 1, pág. 98.—Dice que las palabras francesas: *roi, loi*, ya en el Siglo XIX se pronunciaban: *ruá, luá*. Saussure, en cambio, dice correctamente: *rwa, lwa*.

N.º 2, pág. 98.—El señor Espinosa se refiere a las innovaciones ortográficas del rey merovingio *Childerico* ¿No deseaba aludir al rey *Chilperico*, citado por Saussure?

N.º 3, pág. 99.—La transcripción fonética de *mad* no corresponde a la pronunciación de esta palabra en ninguna parte. Tampoco a la que indica Saussure.

N.º 4, pág. 99.—Anotemos todavía dos errores de copia: *s-o-r* y *b-o-f*, léase: *s-ó-r*; *b-ó-f*. (Véase Saussure, pág. 100).

N.º 5, pág. 99 abajo.—El señor Espinosa confía con exceso en Saussure, en lo que a cuestiones etimológicas se refiere. Así, recordando las leyes fundamentales de la fonética, debió